

Conferencia de orientación pedagógica del P. Pedro Boronat, Scho. P.

El hombre siente una tendencia irresistible al mal y para vencerla, precisa una lucha constante: la vida ha de considerarse como una milicia. Si el entreno es necesario para los ejercicios físicos, más lo es para el espíritu; de este entreno depende la excelencia de la educación

El pasado domingo, puntualmente, a la hora señalada de las doce y cuarto, en el local de la Biblioteca Popular Francisco Tarafa, el reverendo P. Pedro Boronat, Rector de las Escuelas Pías, dió su anunciada conferencia de orientación pedagógica sobre el tema «Que hacemos para corresponder a la confianza de los padres y como éstos deben cooperar.»

El local de la Biblioteca ofrecía un brillante aspecto, completamente atestado de público, deseoso de escuchar las sabias indicaciones del P. Boronat en la difícil ciencia de la educación de los hijos.

El conferenciante comenzó dando las gracias a la nutrida concurrencia por la asistencia, lo que demuestra el interés que se siente por los temas de pedagogía.

Dijo que ante todo precisa saber que significa para nosotros la vida, pues si partimos de falsos principios no podemos llegar a conclusiones verdaderas.

El niño, ¿es naturalmente bueno, como se ha dicho, o necesita de la lucha contra la inclinación al mal, como nosotros decimos?

Por propia experiencia sabemos muy bien que sin los malos ejemplos que nos envuelven, sentimos, muchas veces, irresistible tendencia al mal. Precisa, pues, una lucha constante y debemos considerar la vida del hombre como una milicia. Si hemos de luchar, necesitamos de entreno y aquí está la clave del éxito.

Todos los días podemos ver en los periódicos los diversos entrenos que los atletas hacen para mejorar sus marcas y conservar sus facultades.

Si tanto entreno es necesario para los ejercicios físicos, más nos hemos de preocupar del entreno del espíritu. En esto radica la excelencia de la educación y hemos de considerarla como una ayuda al hombre futuro a fin de que pueda desenvolver sus aptitudes físicas y morales y obtenga, así, su fin último, cooperando a su bien y al de la sociedad.

El entreno consistirá en preparar el alma para la lucha contra sus enemigos que son, principalmente, el medio ambiente, el orgullo, el egoísmo, la timidez, otra manifestación del orgullo y egoísmo, la lujuria y la gula.

Si el Colegio exige puntualidad, esmero en los deberes, orden interno, compañerismo y constante trabajo de perfeccionamiento moral, es para entrenar y robustecer la voluntad.

Deben, pues, los padres, no entorpecer su labor y cooperar a su fiel cumplimiento, desde la más tierna edad de los niños.

Pasó a contar diversos casos en que sin

darse cuenta los padres siembran la ruina de sus hijos por no exigir el cumplimiento del deber, sin hacer caso de sus quejas infundadas.

Es preferible una lucha violenta dos o tres veces, lo suficiente para que el niño se dé cuenta de que, por encima de sus caprichos o conveniencias, está la autoridad paternal, a luchas incansables y a continuas cesiones para no indisponerse con el tiranuelo, y llegar finalmente a la derrota definitiva de la autoridad de los padres. Nada de sentimentalismos, sino autoridad digna y austera.

No se alaben las cualidades que pueda tener el niño, sin hacerle comprender que las debe al dador de todo bien, y menos deben permitir que el niño se vanaglorie de su posición social, sin hacerle ver que poco mérito personal tiene en la misma. Vigilar el medio ambiente en que el niño gusta desenvolverse y no perder, por poca vigilancia, el trabajo de años.

No conformarse con la derrota moral del niño, porque «ya sabemos lo que son». Precisa elevación moral y la mayor satisfacción de los padres ha de estar en poder leer en los ojos de sus hijos la rectitud moral de sus acciones. Vigilancia, bajo todos los aspectos, lucha continua contra el mal, que es continuo entreno y aunque, al parecer, es una labor ingrata, no deja de producir su fruto, que en este caso es la mayor perfección de los hijos, máxima aspiración y la que produce los mayores consuelos y satisfacciones a los padres.

Reconstrucción y restauración de Templos

I - Necesidad de Dirección y de Disciplina

Por LUIS MONREAL Y TEJADA

Si algún problema hay que afecte a todos los pueblos y ciudades de Cataluña, este es el de la reconstrucción y restauración de los templos, asolados por la barbarie roja. Es asunto al que ha de dedicarse mucha atención para asegurar el acierto en las resoluciones que se tomen.

No es preciso describir como quedaron las iglesias después de la revolución marxista. Todos las vemos en cada momento: destruidos los altares, mobiliario litúrgico, los ornamentos y los objetos de culto, en el caso más favorable. Otras veces, el fuego ha causado además daños considerables en el edificio hasta

poner en peligro su estabilidad. Y todavía hay casos en los que la piqueta ha dejado un solar donde estaba la casa del Señor. Conocéis ejemplos numerosos y variados en los que han concurrido esas diversas circunstancias.

En esta situación el celo de los sacerdotes y la piedad de los fieles se afanan por devolver su decoro al templo, en el cual tienen lugar los actos más trascendentales en la vida del cristiano. Sin embargo, ese loable afán de restauración tiene muchas veces más fervor que acierto.

Mucha pena nos da ver las pequeñas iglesias rurales que carecen de medios propios y están esperando que vengan recursos de alguna parte a resolver su problema. Pero nos aflige mucho más ver pueblos y ciudades que tienen posibilidades y dan dinero con largueza, pero luego lo invierten mal y causan un daño mayor. A veces llegan a destruir un monumento artístico y en todo caso cometen verdaderos crímenes contra el buen gusto.

Los que así proceden, guiados siempre de la mejor intención, realizan esos desatinos por falta de orientación, por carencia de consejo. No basta tener buen deseo. La restauración de un templo encierra problemas de carácter técnico y artístico que sólo puede resolver la persona preparada y capacitada para ello. Por esto, lo primero que se ha de hacer es buscar el hombre.

Cuestiones de orden arquitectónico o pictórico no pueden confiarse a la iniciativa de un devoto, por generoso que sea, si es indocto en estas materias.

Muchas veces hemos visto como por esa falta de consejo se invertían cuantiosas sumas de dinero en un templo, en forma inútil y hasta contraproducente. Recordamos ahora una iglesia donde han construido un gran retablo de mármoles, costosísimo por sus materiales, pero eje-

(continúa en la página 2)

Un texto de Menéndez Pelayo sobre la Guerra de la Independencia

NUNCA, en el largo curso de la Historia, despertó nación alguna tan gloriosamente después de tan torpe y pesado sueño como España en 1808. Sobre ella había pasado un siglo entero de miseria y rabajamiento moral, de despotismo administrativo sin grandeza ni gloria, de impiedad vergonzante, de paces desastrosas, de guerras en provecho de niños de la familia real o de codiciosos vecinos nuestros, de ruina acelerada y miserable desuso de cuanto quedaba de las libertades antiguas, de tiranía sobre la Iglesia con el especioso título de «protección y patronato», y, finalmente, de arte ruin, de filosofía enteca, y de literatura sin poder ni eficacia, disimulando todo aquello con ciertos oropelos de cultura material, que hoy los mismos historiadores de la escuela positivista (Buckle, por ejemplo) declaran somera; artificial, contrahecha y falsa.

Para que rompiésemos aquel sopor indigno; para que de nuevo resplandeciesen con majestad no usada las generosas condiciones de la raza, aletargadas pero no extintas, por algo peor que la tiranía, por el achatamiento moral de gobernantes y gobernados y el olvido de volver los ojos a lo alto; para que tornara a henchir ampliamente nuestros pulmones el aire de la vida y de las grandes obras de la vida; para recobrar, en suma, la conciencia nacional, atrofiada largos días por el fetichismo covachuelista de la «augustísima y beneficentísima persona de S. M.», era preciso que un mar de sangre corriera de Fuenterrabía hasta el seno gaditano, y que en estas rojas aguas nos regenerásemos, después de abandonados y venidos por nuestros reyes, y de invadidos y saqueados con perfidia e iniquidad más que púnicas por la misma Francia, de la cual todo un siglo habíamos sido «pedisecuos» o remedadores torpísimos.

Pero, ¡qué despertar más admirable!

¡Dichoso asunto en que ningún encarecimiento puede parecer retórico! ¡Bendecidos muros de Zaragoza y Gerona, sagrados más que los de Numancia; asperas del Bruch, campos de Bailén, épico juramento de Langeland y retirada de los 9.000 tan gloriosa como la que historió Jenofonte!... ¿Qué edad podrá oscurecer la gloria de aquellas victorias y de aquellas derrotas, si es que las guerras nacionales puede llamarse derrota lo que es martirio, redención y apoteosis para el que sucumbe y prenda de victoria para el que sobrevive?

Precisamente en lo irregular consistió la grandeza de aquella guerra, emprendida provincia a provincia, pueblo a pueblo; guerra infeliz cuando se combatió en tropas regulares, o se quiso centralizar y dirigir el movimiento, y dichosa y heroica cuando, siguiendo cada cual el nativo impulso de disgregación y de autonomía, de confianza en sí propio y de enérgico y desmandado individualismo, lidió tras las tapias de su pueblo o en los vados del conocido río, en las guájaras y fraguras de la vecina cordillera, o en el paterno terruño, ungido y fecundizado en otras edades con la sangre de los domadores de moros y de los confirmantes de las cartas municipales, cuyo espíritu pareció renacer en las primeras juntas. La resistencia se organizó, pero democráticamente y a la española, con ese federalismo instintivo y tradicional, que surge aquí en los grandes peligros y en los grandes reveses, y fué como de esperar, avivada y enfervorecida por el espíritu religioso, que vivía íntegro, a lo menos en los humildes y pequeños, y acaudillada y dirigida en gran parte por los frailes. De ello dan testimonio la dictadura del P. Rico en Valencia, del P. Gil en Sevilla, de la de Fr. Mariano de Sevilla en Cádiz, la del Padre Puebla en Granada, la del obispo Menéndez de Lúcar en Santander. Alentó la Virgen del Pilar el brazo de los zaragozanos, pusieron los gerundenses bajo la protección de San Narciso, y en la mente de todos estuvo (si se quita el escaso número de los llamados «liberales», que por loable inconsecuencia dejaron de afrancesarse) que aquella guerra, tanto de independencia y española, era guerra de religión contra las ideas del siglo XVIII difundidas por las legiones napoleónicas. ¡Cuán cierto que en aquella guerra cupo el lauro más alto a los que su cultísimo historiador, el conde de Toreno, llama con aristocrático desdén de prohombre doctrinario, «singular demagogia, pordiosera y afrailada, supersticiosa y muy repugnante!» ¡Lástima que sin esa «demagogia» tan mal oliente y que tanto atababa los nervios al ilustre conde, no sean posibles Zaragozas ni Geronas!

Sin duda, por no mezclarse en esa «demagogia pordiosera», los cortesanos de Carlos IV, los clérigos «ilustrados y de luces», los abates, los literatos, los economistas y los filósofos, tomaron muy desde el principio el partido de los franceses, y constituyeron aquella legión de traidores, de eterno vilipendio en los anales del mundo que nuestros mayores llamaron afrancesados. Después de todo, no ha de negarse que procedieron con lógica: si ellos no eran cristianos, ni españoles, ni tenían nada de común con aquella antigua España, sino el haber nacido en su suelo; si además los invasores tenían escritos en su bandera todos los principios de gobierno que ellos enaltecián; si para ellos el «ideal» (como ahora dicen), era «un déspota ilustrado», un César impío que regenerase a los pueblos por fuerza y atase corto al Papa y a los frailes; si además este César traía consigo el poder y el prestigio militar más grande que han visto las edades, en términos que parecía loca temeridad toda resistencia, ¿cómo no habían de recibirle con palmas y sembrar de flores y agasajos su camino?

Contra la fe comunista hay que levantar otra fe; no basta una simple negación. El hacer propandas contra eso y contra lo otro es insuficiente. No gritemos más «Abajo» y si gritemos, como hace siempre la Falange, «Arriba». Arriba España, como expresión entera de un contenido espiritual y humano: la Patria, la paz y la justicia.

JOSÉ ANTONIO

ALBERGUES UNIVERSITARIOS

Comienzan en estas fechas a prepararse los lugares que han de ser residencia veraniega de la juventud.

El Sindicato Español Universitario abrirá los Albergues que, en la camaradería de la Falange, van a congregarse para el deporte y para el estudio escolares de todos los Distritos Universitarios.



Nuestros Albergues y Campamentos realizan uno de los postulados de la Falange y son, sin duda, uno de los medios mejores para la educación y formación de la Juventud.

Y como fin primordial en ellos nos hemos propuesto siempre exaltar el espíritu de unidad y apretar más cada vez los vínculos de camaradería que unen a todos los hombres de la Falange. Entre himnos y canciones, en aquel ambiente limpio, hemos sentido como la Juventud que llegó a nuestras filas afirmaba segura sus pasos por el camino recto y difícil del Nacional-sindicalismo.

Educación física y deportes para preparar una generación fuerte y dispuesta a soportar las privaciones que un día puede erigir el régimen de campaña.

Ambición y medios de superar las dificultades. La vida en el campo enseña a los muchachos que ésta no es tan fácil y cómoda como la presenta la ciudad; que hay jóvenes como ellos en la lucha con la Naturaleza para arrancar de ella el pan.

Comaradería y servicio, prestado por todos sin exclusiones ni privilegios Nacional-sindicalismo, sentido y practicado desde que la jornada comienza con el izar de nuestras banderas, que con el sol se levantan y suben arriba y se extienden mecidas por el mismo viento que a nuestros muchachos curte las carnes. Estas banderas, que con el sol bajan y se recogen, mientras los muchachos formados en cuadro a su alrededor lanzan a la tierra y al viento las estrofas de nuestros himnos.

Canciones, ambición de grandeza para España, esta ha sido siempre la realidad de la vida en el campo bajo el signo de la Falange. En estos principios se orientan igualmente los Albergues de verano del S. E. U. Pero hay en ellos tareas que se intensifican y otras nuevas, que obedecen a exigencias mayores, en razón a la calidad de universitarios de los camaradas del Sindicato.

Nos referimos a la formación política y a la cultural. El S. E. U. quiere dar a los estudiantes la capacitación máxima, en el doble aspecto técnico y político, porque tiene la certeza de que en sus filas está la minoría que en el futuro ha de regir los destinos de la Patria.